

## CAPÍTULO X

### *De la sextorsión del chico del tercero, el silencio más difícil y lo que don Justo Severo aprendió sobre el daño que no se ve*

---

Adrián Montero tenía dieciséis años, una mochila de la que nunca se separaba y la costumbre reciente de mantener el móvil boca abajo sobre cualquier superficie, como si la pantalla fuera un ojo que prefería no cruzarse con nadie. Su madre, Carmen, vivía en el tercero izquierda desde hacía doce años y era de esas personas que saludan con el nombre de pila porque se han molestado en aprenderlo, rasgo que don Justo valoraba sin necesidad de anotarlo en el cuaderno.

Los cambios en Adrián los había observado don Justo a lo largo de tres semanas de febrero. Los fue anotando con pluma azul:

*Menor 3º izq. Comportamiento alterado. Pérdida de peso visible. Escaso contacto visual en zonas comunes. Móvil oculto de manera sistemática. Ausencia de interacción con grupo de iguales habitual.*

A estas observaciones les había añadido, en la página siguiente, tres hipótesis numeradas y ordenadas por probabilidad según su criterio: consumo de sustancias, conflicto con el grupo de iguales o situación familiar no detectada. Las tres eran incorrectas.

La cuarta hipótesis, la correcta, no estaba en el cuaderno porque don Justo no la había contemplado. No porque fuera improbable —es, en realidad, más frecuente de lo que cualquier estadística oficial recoge— sino porque tenía la forma equivocada. No era un crimen que se viera desde fuera. Era un crimen que se vivía desde dentro, en silencio, con el móvil boca abajo.



### **De lo que le había pasado a Adrián**

Tres meses antes, Adrián había conocido en una red social a alguien que se presentó como una chica de su edad, con intereses similares, que le escribía con la naturalidad de quien tiene cosas que decir y tiempo para decirlas. Las conversaciones habían empezado siendo ordinarias y

habían ido derivando, con una gradualidad que Adrián no supo identificar como táctica porque la gradualidad es precisamente lo que impide identificarla.

En algún momento de ese proceso, Adrián había enviado una imagen. Una sola imagen, en un momento de confianza que en retrospectiva le parecía incomprensible aunque en el momento le había parecido lo más natural del mundo, que es exactamente cómo funciona la construcción deliberada de confianza cuando está bien ejecutada.

Al día siguiente, el tono de la conversación cambió. La chica que no era una chica le explicó, con una calma que era más aterradora que cualquier amenaza, que tenía la imagen, que tenía acceso a su lista de contactos —nombre por nombre, con los perfiles vinculados— y que enviaría la imagen a todos ellos si Adrián no transfería una cantidad de dinero en las siguientes veinticuatro horas. La cantidad era pequeña. Lo suficientemente pequeña para que pareciera manejable. Lo suficientemente grande para que, una vez pagada, la organización supiera que Adrián pagaría de nuevo.

Adrián había pagado tres veces. La tercera vez no tenía más dinero en la cuenta que su madre no pudiera ver. Y entonces el móvil boca abajo, el peso perdido, la mochila que nunca abandonaba porque en la mochila estaba el móvil y el móvil era el problema y el problema no podía alejarse de él porque el problema lo tenía dentro.



### **Del silencio y de lo que lo sostiene**

Lo que sostenía el silencio de Adrián no era cobardía. Era una arquitectura cuidadosamente construida por quienes habían diseñado la situación para que el silencio fuera la única salida que él pudiera ver.

La **vergüenza** era el primer pilar: había enviado algo que nunca debería haber enviado o eso le decía la voz interior que los adolescentes toman prestada del entorno y que suele ser más cruel que cualquier agresor externo. La idea de que alguien —sus amigos, su madre, los profesores del instituto— pudiera ver esa imagen le producía un pánico físico que le impedía pensar con claridad en cualquier otra dirección.

El **miedo a la reacción del entorno** era el segundo pilar: si lo contaba, le quitarían el móvil. Si lo contaba, su madre se asustaría o se enfadaría. Si lo contaba, tendría que explicar cómo había llegado hasta ahí y esa explicación le parecía, en su estado, imposible de articular sin confirmar todo lo que ya sentía sobre sí mismo.

El **aislamiento progresivo** era el tercer pilar: había dejado de ver a sus amigos, de participar en los grupos del instituto, de hacer cualquier cosa que no fuera estar pendiente del móvil esperando el siguiente mensaje. Ese aislamiento, que los agresores generan deliberadamente porque la víctima aislada es más vulnerable, hacía que la posibilidad de pedir ayuda pareciera cada vez más remota.

El silencio no era una elección. Era el único espacio que le habían dejado.



### **De cómo don Justo no ayudó tanto y de cómo Inés sí**

Carmen Montero llamó a la puerta de don Justo un miércoles por la mañana. No para pedirle consejo —don Justo, para entonces, tenía en el edificio una reputación de investigador entusiasta que no siempre producía los resultados esperados— sino porque había encontrado en el podcast de Inés Perada Vuelta un episodio sobre sextorsión a menores y al final del episodio Inés había dado un correo de contacto para consultas y Carmen quería pedirle a don Justo si sabía cómo funcionaba eso de escribir a un podcast porque ella no estaba muy segura.

Don Justo le ayudó a redactar el correo. Lo hizo sin abrir el cuaderno, porque entendió desde el primer momento que ese no era un momento para el cuaderno.

Inés respondió esa misma tarde. No con un episodio, no con una teoría, sino con un número de teléfono de la Línea de Ayuda en Ciberseguridad del Instituto Nacional de Ciberseguridad —INCIBE, 017, gratuito y confidencial— y con instrucciones claras sobre los pasos inmediatos: no pagar más, guardar evidencias de los mensajes sin responder, denunciar en la Policía Nacional o la Guardia Civil y solicitar específicamente atención de la unidad de delitos telemáticos y decirle a Adrián, antes que cualquier otra cosa, que lo que le había pasado no era culpa suya.

Carmen leyó el correo de Inés tres veces. Luego fue al cuarto de Adrián, llamó con los nudillos, esperó a que dijera que pasara y entró. Se sentó en la silla del escritorio porque en la cama estaba la mochila. Y le dijo, sin rodeos pero con la voz que se usa para las cosas que importan:

—Sé lo que está pasando. Y lo primero que tienes que saber es que no has hecho nada malo.

Adrián no dijo nada durante un momento. Luego cogió la mochila, la dejó en el suelo y se echó a llorar con el alivio específico de quien lleva semanas sosteniendo algo demasiado pesado para su edad.



### **De lo que don Justo anotó y de lo que no anotó**

Don Justo se enteró de los detalles del caso una semana después, cuando Carmen bajó a contárselo con la serenidad de quien ya ha pasado lo peor y puede mirar atrás sin caerse. Le contó todo: los mensajes, los pagos, el correo a Inés, la conversación con Adrián, la denuncia, las instrucciones del INCIBE.

Don Justo la escuchó sin abrir el cuaderno.

Cuando Carmen terminó, él dijo:

—¿Cómo está Adrián?

—Mejor —dijo Carmen—. Está hablando. Eso es lo importante, que está hablando.

Don Justo asintió. Pensó en sus tres hipótesis numeradas y en la cuarta que no había contemplado. Pensó en el móvil boca abajo que había anotado como *indicador de riesgo* sin saber qué riesgo era. Pensó en que el daño de Adrián no había tenido ninguna de las formas que él había aprendido a reconocer en las pantallas: no había agresor visible, no había escena, no había nada que señalar con el dedo en un mapa.

Era un daño que vivía en el interior de un adolescente de dieciséis años, sostenido en silencio por la vergüenza y el miedo y que solo había podido salir cuando alguien le dijo, antes que cualquier otra cosa, que no había hecho nada malo.

Esa tarde abrió el cuaderno. Pero no para anotar el caso de Adrián. Para releer las tres hipótesis que había escrito en febrero. Las leyó despacio, una por una. Luego escribió debajo, cruzando las tres con una sola línea de pluma azul:

*Equivocado. El daño no siempre tiene forma visible. A veces tiene forma de silencio.*

Cerró el cuaderno y salió a pasear a Cancerbero. Fue un paseo más largo que de costumbre, sin anotar nada, sin mirar ventanas ni matrículas. Solo Cancerbero oliendo el suelo con su eficiencia aristocrática y don Justo caminando a su lado, pensando en un chico de dieciséis años que había llevado solo, durante semanas, algo que ningún adolescente debería llevar solo.

---

*La sextorsión a menores es un delito en crecimiento. Si un menor está siendo víctima de chantaje con imágenes, no debe pagar: el pago no detiene las exigencias. Lo primero es cortar el contacto, conservar evidencias y denunciar. El INCIBE ofrece atención gratuita y confidencial en el teléfono 017 y el chat [incibe.es/linea-de-ayuda-en-ciberseguridad](https://incibe.es/linea-de-ayuda-en-ciberseguridad). La denuncia puede presentarse en cualquier comisaría o cuartel, solicitando atención de la unidad de delitos telemáticos.*

## CAPÍTULO XI

### *De la violencia que no llega en titulares o de lo que don Justo Severo no supo ver en el cuarto derecha*

---

CONTINUARÁ ...

— Don Justo Severo Recio, portero jubilado de Olmeda del Espino —

*En mis tiempos de portería aprendí que el daño casi nunca llega  
anunciándose. Llega por un SMS que parece del banco,  
por una pantalla encendida a deshora, por el silencio  
de quien tiene vergüenza de contar lo que le pasó.*

*Ya no hay gigantes que combatir. Ni siquiera molinos de viento.  
Los enemigos de hoy no tienen cuerpo ni cara: son algoritmos,  
son perfiles falsos, son puertas que alguien dejó abiertas sin querer.*

*Y no hay bálsamo de Fierabrás que cure esto.  
Solo hay ciencia: la que estudia cómo operan quienes hacen daño.  
Y hay entendimiento: el de quien aprende a ver las señales  
antes de que el daño ya esté hecho.*

**Quien auxilio requiera, que hable.**

*No hace falta que sea un caso.  
Hace falta que sea una persona. Y eso ya lo es.*

*No prometo hazañas. Prometo escuchar, preguntar a quien sabe más  
que yo, y no inventarme el remedio si no lo conozco.  
Que eso, ya lo he aprendido a tiempo, suele ser suficiente.*

Dulcinea del True Crime · No son casos. Son personas.